

la barbería
“El Safareig”

José M. Palacio Bover

la barbería
“El Safareig”

Associació Cultural Amics de Vinaròs
Vinaròs 2012

CON LA COLABORACIÓN DE:



Magnífic Ajuntament de Vinaròs



Biblioteca Mare Nostrum: Dades catalogràfiques

PALACIO BOVER, José Manuel

La Barbería El Safareig / José Manuel Palacio Bover.--- Vinaròs:
Associació Cultural Amics de Vinaròs, D:L: CS

p.64;23,5cm. --- (Biblioteca Mare Nostrum;34)
I.S.B.N. 978 - 84 - 936483 - 81

1. Vinaròs (Comunitat Valenciana) --- Història - 1876/1882. / Associació Cultural Amics de
Vinaròs - 94 (460.311 Vinaròs)
94(460.311 Vinaròs)

© Del texto: José Manuel Palacio Bover

© De esta edición: Associació Cultural "Amics de Vinaròs"

Prólogo: Jordi Romeu Llorach

Coordinador de la colección: Arturo Oliver Foix

Maquetación y portada: José Carlos Adell Amela

Edita: Associació Cultural "Amics de Vinaròs".

San Ramón, 13

12500-Vinaròs

info@amicsdevinaros.com

amicsdevinaros.blogspot.com

www.amicsdevinaros.com

www.vinapediavinaros.com

Biblioteca Mare Nostrum

Depósito Legal: CS 258 - 2012

I.S.B.N.: 978 - 84 - 936483 - 81

Imprime: Artes Gráficas Castell Impresores, S. L.

Tel. 964 45 00 85 - Vinaròs

Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquiera de sus formas, gráficas o audiovisuales, sin la autorización previa del editor, salvo citaciones en revistas, diarios o libros, siempre que se haga constar su procedencia y autor.

Dedicatoria:
*A Susana, mi esposa,
que me soporta.*

PRÓLOGO

SAFAREIG. 1. Receptacle de parets d'obra i de forma rectangular utilitzat per a omplir-lo d'aigua i serveix per a rentar-hi la roba. 2. Fer-hi safareig.- Haver-hi enraoníes, xafarderíes. "No ho diguis a ningú, perquè la gent de seguida hi faria safareig". (Diccionari Valencià-Català-Balear)

Cuando el lector lea las páginas que siguen a este prólogo va a comprender, perfectamente y en toda su extensión la definición de SAFAREIG, aplicada a un pequeño espacio, si de forma rectangular, no lleno de agua pero sí un manantial de humanidad y de personajes, que evidentemente no iban a limpiar la ropa pero sí a "reparar" la actualidad y los temas mundanos del momento (*xafarderíes*).

Ejercía sin saberlo lo que en la actualidad entendemos como un foro de debate y que los romanos en la Antigüedad habían inventado, en un diminuto espacio como decíamos y que se nos olvidaba aclarar que era una barbería, y se nos olvidaba por una razón sencilla y es que prevalecía la función de "*fer-hi safareig. Haver-hi enraoníes*" por encima de la labor actual de las peluquerías de caballeros, muchas de las cuales se han convertido en verdaderos centros de belleza y donde la palabra y la conversación han dejado paso al casi total silencio entre la clientela que lee ávidamente ó incluso puede seguir el programa que emite la televisión, sin disparar apenas palabra más pendientes del teléfono móvil que del pequeño universo del local.

Antes la barbería y el barbero eran otra cosa, con todo mi respeto a los actuales profesionales. Los *Basino, Sardina, Marchena, el Xertolí...* y como no, los practicantes Ricart y Romeu (mi abuelo) compaginaban su profesión y completaban su sustento; eran otros tiempos. Pero el *Safareig* era otra cosa y Salvador Boix, Agustín Ribera y José Chaler, los maestros, también realizaban otros menesteres, pues de la recaudación del negocio de la barbería no se vivía.

Esta pequeña historia no tendría sentido sin la ubicación estratégica del *Safareig*, nada más y nada menos que en la Plaza Jovellar, en pleno centro del casco urbano, centro social, político, financiero, sanitario, gastronómico...y muchas cosas más, entre ellas, paso de la antigua N-340, antes de la construcción del "*desvío*" actual, y como consecuencia de ello cualquier movimiento era controlado por los asiduos al *Safareig*.

Le recordaba al autor, esta centralidad de la Plaza en la figura del policía urbano que se situaba en el mismo centro – donde hoy está la fuente -, en épocas determinadas, en el verano acompañado de un parasol ó sombrilla, y que cuando ejercía D. Ricardo de la Paz, jefe de la Policía Local, se convertía en todo un espectáculo, con su gesticulación exagerada, que no pasaba desapercibida para nadie, especialmente, a los primeros turistas que daban cuenta del *show* en sus cámaras fotográficas para corroborar aquello de que "*Spain is différent*".

Desde este punto irradiaba, como bien detalla el autor, un sinfín de actividades que desatan el ejercicio de capitalidad de Vinaròs, nada ocurría sin que los asiduos del *Safareig* no dieran cuenta del hecho, desde perspectivas diversas y con "*socarrones*" comentarios, era una cátedra parlamentaria que el paso del tiempo hizo, desgraciadamente, desaparecer.

Sin embargo y gracias a la pluma de José M. Palacio se documenta lo que fue en una acertada recuperación de los recuerdos, algunos son vivencias personales del autor, y que sin este testimonio escrito, con el paso del tiempo desaparecerían.

Estoy seguro que a partir de la lectura del libro y cuando transitemos por la Plaza Jovellar giraremos la vista hacia la ubicación del antiguo *Safareig* y se nos amontonarán recuerdos y vivencias contados ó vividas por muchos vinarocenses en este pequeño escenario que fue el "**Safareig**" y que sin duda pasará a engrosar las páginas de la historia local.

Jordi Romeu Llorach
Desembre 2011

UNO

La Plaza Jovellar

Lo difícil de esta pequeña historia está en situarla en el preciso ambiente de un determinado clímax político; porque no está solo en función del lugar concreto - *la Plaza Jovellar* -, una plaza a la que por mucho que tratemos de modificar su geografía urbana, seguiremos sin cambiar el curso de su crónica; al contrario, la seguirá soportando.

Por esa razón, las crónicas del *Safareig* y de la *plaza Jovellar*, en realidad son una sola; no se explican la una sin la otra.



Plaza Jovellar. La berlina del Tío Chato.

Y sucede a menudo en este *tempo* nuestro que la sustancia de las cosas - y no digamos la del ser humano -, se nos pasa desapercibida, oculta, como en un "*palimpsesto*", tras la apariencia de ese microcosmos de la plaza y sus aledaños, ese pomo de "*carrerons*" y "*carrerons*" de intimidad moruna que hoy aún dan fe del entramado de la vieja ciudad a la que accede la plaza por un apéndice de la calle San Vicente.

Esa es una buena razón para narrar esta historia desde el presente porque el pasado solo puede contarse como realmente es, no como fue. Se trata, por lo tanto, de contar la nimiedad de la grandeza y pequeñez humanas, esas relaciones sutiles en ocasiones, fugitivas en otras y casi

siempre ilusorias, cuestión harto difícil para mi ignara pluma y razón por la que intentaré, amable lector, no endilgarte una crónica exegética y así, si te cuento esta historia es porque entre las cuatro paredes del *Safareig* sucedieron cosas que no pudieron ocurrir en otra parte y que nunca desentonaron de ese lugar donde ocurrieron.

Quizá, algo tenga que ver en el asunto, el instinto de supervivencia que atrae el pensamiento y nos predispone a no olvidar todo lo que representan estos lugares que fueron vivos y animados más allá del torpe recuerdo.

Eso nos obliga a que el relato sea episódico incluso, insólito, pero siempre interpretado con el mismo sentimiento y honestidad que tan bien cantara aquel anónimo poeta del XVIII,

*Lo más cierto y más dudoso,
lo más breve y dilatado,
más sabio y olvidado
es el sentir del vivir...
y quien sentirlo no sabe,
no sabe lo que es morir...*



*Plaza Jovellar. "Fira".
Desfilando hacia la plaza de toros.*

Por lo tanto, para sentir, es necesario ahondar en la profundidad del tiempo y no quedarnos con la sola dimensión de la anchura, del espacio, que nos da una visión raquílica de la plaza por culpa, además, de ese exagerado y artificioso *chauvinismo* nuestro, tan propio del cansino populismo patriótico del que hace gala nuestro pueblo: en realidad, es su sino. Por eso recurríamos a la metáfora del "*palimpsesto*" y por eso es preciso *re-escribir* sobre la placidez suave y regalina de la plaza, la sinceridad oculta de la ciudad que brinda al aire, quizá, una cuartilla en blanco. Porque en esta plaza

en la que siempre era domingo, el día esencialmente aristocrático de la semana, aprovechaban para descansar los que no trabajaban.

De ese frívolo y a la vez, impresionable folletín de ayer, conserva aún sus tres nombres propios que podían hacer pensar en tres plazas distintas aunque, en realidad, es una sola: el *general Jovellar* a quien ni mucho ni poco le importó la ciudad limitándose a entrar y salir de ella durante las guerras carlistas pero cuyo nombre mejor crédito ha mantenido; el *Salvador*, menos recordado pero aún presente en algún recoveco de la memoria colectiva y el olvidado *Castelar*.

Así la sentimos y así es la plaza, tendida con indolencia en el centro neurálgico de la población, sobre una base triangular y no menos ordenada y bien plasmada que cualquier otra plaza, cumpliendo la doble función de arteria de paso y corazón de la ciudad en los años que siguieron a los aciagos días de la rebelión franquista.

Era el espejo fiel en el que se reflejaba ese *chauvinismo* facilón y de postal capaz de bautizarla con tres nombres y, sin embargo y a pesar de ello, conservar en el poso de la memoria, la monótona elegíaca bicromía de algún letrero chillón de antaño: "*coloniales y ultramarinos*", "*banco*", "*pensión*", "*bazar*", "*bar-restaurante*", "*dentista*"..., porque



Plaza Jovellar. A la derecha, protegida por un toldo, la Coop. Obrera, hoy U.G.T.

aunque no lo creamos, la plaza era como un estratégico bazar y, políticamente, el mentidero de la villa donde situar a los embaucadores y aventuras maliciosas, centro de elaboración de crónicas escandalosas, escenario de verbenas, bailes, saraos y tertulias de los trasnochadores con "*comentarios hasta después de las tres*".

Atravesada por la carretera nacional flanqueada por las generosas terrazas de los bares contaba, además, con un centro de asistencia sanitaria precursor del actual ambulatorio y la cooperativa obrera - en la



Plaza Jovellar. Edificio que albergó
“la gota de leche”

asiduo, bautizó con este nombre de lavadero común porque allí todo se lavaba y hasta se escurría.

En el bar *Girona* – albergó también el taller de bicicletas del tío *Figuro* y con el paso del tiempo, una cafetería -, pintaban y repintaban en aquellos principios, dos estilistas de la brocha, Francisco Guimerá y *Fabrilo*, como su apodo, taurino por

los cuatro costados y recién puesto en libertad de la que se había visto privado por sus ideas políticas y los dos, buenos clientes del *Safareig*. El bar tenía su importancia, pues, garantizaba un buen servicio a *domicilio* a los barberos: bastaba con dar unos golpes en la pared medianera y el diligente camarero se personaba con los cafés sin necesidad de que la clientela de la barbería la abandonara.

El *Safareig* sintetizaba, perfectamente, el suceso de una plaza Jovellar que llegó a ser protagonista cinematográfica al alimón con el *Rincón Taurino* (convertido en bolera, solo de fachada, por arte y gracia de los efectos especiales y de la que salía la protagonista para ser atropellada),



Plaza Jovellar. Terrazas del “Liceo”
y el “Chaldy”

de una de las peores películas que hemos sido capaces de soportar – *Todos eran culpables*, (1962), de León Klimosky -, y ejercía de crisol de ese susurro largo y monótono de episodios que ocurrían más allá de sí mismo porque la plaza no era solo una vía de paso o un cruce de calles sino, también, parada y fonda y parte del recorrido de *les nits de la volteta*.

Con edificios modernistas, alguno muy bien conservado por la propiedad, era tan inmensa su pequeñez que se permitía el lujo de tener un callejón propio que le permitía comunicarse con sí misma, la



*Bar Liceo.
Salvador Barrera, junto a las neveras.*

calle de San Ramón, en forma de ele que delimitaba por su parte trasera la manzana en la que estaba ubicada la barbería del *Safareig* y que consentía a los discretos cruzar la plaza sin ser vistos. De este callejón no se han ocupado los autores locales pero estamos convencidos de que fue escenario de muchos sucesos interesantes y curiosos dignos de ser contados.

Esos reflejos sensitivos activados por la memoria nos acercan al bar *Rosales*, esquina con San Ramón, en el que reinaba la tertulia de los *chauffeurs*, frente al restaurante *España* y las dos enormes terrazas cubiertas que enseñoreaban los bares el *Liceo* y el *Chaldy*. El *Liceo*, regentado por la familia Barreda, con una larga y alta barra que arrancaba desde las *neveras frigoríficas* – idénticas a las que aún conserva el bar de la plaza de toros –, situadas a la derecha de la



*El clásico refresco
“Orange Crush”*

entrada, a continuación de la escalera de acceso al primer piso donde se ubicaba la sede de la sociedad ciclista, y una sala de billares, aislada, al fondo. En la cadencia de lo que escribo se va agudizando la memoria impregnándose de aquel agradable aroma mezcla de café y vermouth, final de mis infantiles recorridos domingueros por el puerto, en busca del turrón de Viena y el orange crush, un refresco de naranja americano – no había aparecido la fanta –, mientras mi padre, asiduo a la tertulia dominical de esa esquina frigorífica, entretenía mi espera sentándome ante el limpiabotas, disfrutando de la agradable sensación del cartón al introducirlo con maestría entre el pie y el zapato para evitar las manchas en el calcetín mientras me quedaba hipnotizado por los juegos malabares, con el betún y cepillo, de Félix Hidalgo.

Separados tan solo por la medianera, el *Chaldy*,



El popular turrón de Viena.

to de la inspiración de su antiguo titular, el escultor Francisco Vaquer "Chaldy", y en el que pasaban cosas que tampoco ocurrían en otro sitio como le sucedió a D. Antonio Carbonell; así nos lo contaba su hermano Manolo, cantante de la Orquesta Mancy: un mediodía, hora del vermú, se encontraba apoyado en la barra, un amigo de Peñíscola, arriero, cuando entró el maestro Carbonell,

- ¡Hola, D. Antonio! -, se apresuró a saludarle el arriero, y continuó:

- Me daría una gran satisfacción que aceptara mi invitación. Tome lo que más le guste - Y D. Antonio, persona muy educada, con fino sentido del humor y estupendo caricaturista, le contestó:

- ¡Hombre, gracias! -, y dirigiéndose al amigo Jean, le pidió:

- Ponme un pajarito y un vasito de vino blanco -

- El eficiente barman, cogió el pajarito de una bandeja repleta y lo colocó sobre la plancha. El



Bar Liceo. Los propietarios, Francisco y Salvador Barrera, preparando una langostinada.

arriero, que no se perdía detalle, dirigiéndose a D. Antonio, con asombro, le dijo:

- Pero, ¿los pajaritos se guisan? Entonces..., los de antes, ¡me los he comido crudos! -

Conociendo el fino humor de D. Antonio, suponemos que el suceso le inspiró alguno de sus chistes.

Jean, recientemente desaparecido llevándose consigo un



Bar Chaldy. Tarjeta anunciando una audición de la orquestina Mancy Band



Bar Chaldy.

Jean Camós, con sus padres, tras la barra.

extraordinario anecdótico, detrás de la barra era la versión actual del clásico *cafetero* - oficio mucho más difícil que el del moderno *barman* -, barra que el *Chaldy*, igual al *Liceo*, la tenía a la derecha de la entrada con las neveras en el mismo rincón de la pared y la fachada, que tiempo después serían trasladadas al interior ocupando su lugar

la plancha de guisar. Y contado con guasa y la picardía de *Jean*, el suceso fue la aparición de un ruidoso grupo de amigos, jóvenes, acompañados de un forastero al que pretendían agasajar y deslumbrar con alguna de las sabrosas *tapas*:

- *¡Ahora probarás algo sabrosísimo con el toque especial del maître!*

Jean, pon unos "sepions de la punxa" -

Al final del *tapeo*, en los platos solo quedaron las "*barquillas*" de los *sepionets*.

- *Qué, ¿te han gustado?* - recabaron, satisfechos, la opinión del invitado.

- *Sí; son muy gustosos - contestó -, pero no me ha gustado esa especie de concha que tienen; es dura y me ha dado dentera -*

Jean vio con asombro que el plato del forastero estaba limpio. Se había comido también, las conchas duras de calcita esponjosa que llevaba en su interior el sabroso cefalópodo. Esas son las cosas que ocurrían muy cerca del *Safareig*.

Y justo pegado al bar, el pequeño taller de D. Francisco Vaquer, el padre de *Chaldy*, donde, fruto de la inspiración de los dos es la escultura de la Virgen de la Asunción, hoy colocada en la fachada de la Arciprestal. El taller acabó en sede de un club restringido de taurinos - el *Rincón*



Grupo escultórico del "monolito", obra del artista Francisco Vaquer, "Chaldy".

Taurino -, un grupo que en el arte de Cúchares, se sentía elitísticamente minoritario, tanto, que acabaron en nada; un grupo de prohombres que, salvo honrosas excepciones, no distinguían un toro de una vaca, pero, allí, aposentados en sus sillones patriarcales, sentaban cátedra en asuntos de cuernos. Hoy, el local, se ha convertido en una cafetería - *Antena* -, receptora de la noticia del día, regentada hasta hace bien poco por Salvador, hijo de Jean.



La orquestina Mancy Band, caricaturizada por Chaldy

Conviene hacer un paréntesis para acercarnos a la figura de *Chaldy*, el artista vinarocense, protagonista también de su tiempo y alguna tertulia del *Safareig*. Alumno de la Escuela de San Carlos y de Benlliure, excepcional caricaturista, trabajó al lado de su padre y es el autor del grupo escultórico a los pies de un obelisco que conmemoraba la entrada en Vinaròs, de las fuerzas rebeldes franquistas, ubicado en el paseo marítimo.



El escultor vinarocense Francisco Vaquer, dando los últimos toques a su escultura.

El famoso *monolito* lo realizó por encargo de la Secretaría General del Movimiento para la exaltación de la victoria rebelde y como buen artista, la terminó con el tiempo justísimo para inaugurarla.

La mayor parte del trabajo lo realizó en un bajo de la plaza de San Agustín, junto a las antiguas oficinas de correos. Pero, ocurrió que cuando los responsables contemplaron la obra, les debió parecer tan eróticamente atrevida - corría el año 1955 -, que le obligaron a retocarla: en el centro del grupo formado por los cuatro representantes de los ejércitos franquistas, como una bella diosa, se escapaba



Plaza Jovellar. Bar Vinaroz, en la esquina de la misma fachada de la barbería “El Safareig”.

del bloque de piedra, el cuerpo espléndido de una mujer desnuda, de curvas exquisitas, tal como la imaginación del artista la había concebido, bella y de formas contundentes; no tuvo más remedio, por un imperativo ordeno y mando de las instancias superiores del régimen, a injuriar la piedra rebajando esas formas y cu-

briendo parte del cuerpo femenino cincelando el lienzo de una bandera. En los archivos del obispado se conserva un informe acompañado de fotografías en blanco y negro en el que se especifica que la obra tiene representada una mujer desnuda; parece ser que este fue el motivo por el cual la autoridad eclesiástica no correspondió a la invitación del alcalde, el día de su inauguración.

Chaldy era de porte elegante, con un sempiterno pañuelo protegiéndole la garganta que le daba un aire de astro del celuloide. Su talante abierto y más acentuado, si cabe, por una media sonrisa labrada en un rostro de expresión agradable tras la que se adivinaba la bohemia del artista exquisito. El pelo, ligeramente ondulado, invitando a la inconsciente caricia de la mano y su andar, dificultoso, como cincelado a golpe de martillo, le daba estilo a su singular personalidad. Sus manos, extraordinariamente expresivas y el gesto de cadencia tranquila y elegante, sugerían la querencia de moldear la idea.

En plena efervescencia de las décadas de los cincuenta y sesenta, en las noches estivales solían animar las terrazas la actuación de algún mago o prestidigitador al que la generosidad de los clientes



Otro estilista que hacía las delicias de los turistas: el guardia urbano de la Pl. Jovellar



permitía repetir alguna otra aparición mientras que en las largas noches de invierno, en el *Liceo*, ocupando el espacio anterior a los billares, se montaba un cuadrilátero con sillas, al estilo de un *ring*, y en medio de un ambiente cargado por el humo del tabaco que aumentaba esa tensión de misterio, aparecía un famoso adivino: el gran *Fasman*. En otras noches, el protagonismo corría a cargo de un ilusionista.

¡Ah tiempos dichosos! Podría en ellos ostentarse la gesticulación *achambergada* bajo el *salacot* del guardia urbano, digna del gran prestidigitador Robert Houdin, y protagonista de las curiosas cá-

maras de los turistas – y de algún indígena -, que solazaban en las terrazas del Chaldy y el Liceo.

La misma historia o distinta, vaya usted a saber, podría ser la crónica del *Safareig*.

Aquel testimonio vivo de la carrera loca de los cuarenta-sesenta, quedó en bien poco; nadie reivindicaba ese testimonio, nadie toma por suyo el *ombligo* de la ciudad. Larra dejó escrito que en España escribir es llorar: solo nos queda melancolía y nostalgia de una plaza con historias sin fin, que hoy se ofrece impudicamente desnuda sobre la carne morena del asfalto a pesar de los esfuerzos administrativos por embellecerla; aquella ufanía de su antiguo esplendor es ya historia como también es historia ese viejo rincón perdido, **El Safareig**.





Carpeta del protocolo y acuerdo del Ayuntamiento para imponer el nombre del "General Jovellar", a la Plaza. Se trasladó al militar invitándole al acto, pero éste no se dio ni por enterado.

DOS El Safareig



1926. Plaza Jovellar.
En la fachada protegida por el toldo, se ubicó la barbería “El Safareig”

En la misma calle, frente a la puerta acristalada de la barbería, la complicidad de un pequeño *parterre* en un alarde de generosidad de la administración, intentaba demostrar que nada había que esconder ni decir tras los cristales del *Safareig*.

El jardincillo público era la única concesión liberal que se permitía la autoridad ante la barbería; era, en aquella época, como el poético desahogo municipal, el contrapunto, frente a la acristalada puerta del *Safareig* y su mirada cargada de crítica sapiencia que se adivinaba atrapada tras los visillos que, en ocasiones, no podían impedir se escapara emancipada de toda humana servidumbre.

El jardincillo, fiel a la disciplina administrativa, se sometía rigurosamente todos los mismos días del mismo mes de cada año, a la caprichosa dictadura del *jardinero-funcionario* y así, el jardín florecía pun-

tualmente, pero... ¡Ay si se adelantaba o atrasaba! Tal afrenta al mes de las flores sometía la maquinaria del Ayuntamiento a un calderoniano juicio de honor entre la audiencia del *Safareig*: además del honor estamental, por florecer a destiempo, se cuestionaba también el equilibrio del poder en la *casa gran*.

Junto al *parterre*, un kiosco de helados – *Alaska* –, administrado por la familia Aixalá-Giner, que también formaba parte de los *sucesos* de la tertulia de la barbería, como explicaba Joaquinet Simó. Con la cara embadurnada de la famosa crema con denominación de origen, aceptó el envite de *Vadoret*:

- *Joaquín, si sales con la cara enjabonada y das una vuelta alrededor del kiosco, te compramos un polo* -

Naturalmente, Joaquinet, plenamente identificado con la guasa del *Safareig*, consiguió el polo.

Un letrero desvaído en el que había que adivinar, no sin esfuerzo, el original nombre, quizá, de una antigua peluquería, *Salón del Centro* -porque eso era: el *onfalos* de la plaza y de nuestro pequeño universo-, descolorido por el paso del tiempo y porque, probablemente, solo se pintó una vez, la primera, sobre el dintel que protegía la puerta centrada entre dos fijos de porticones, con unos visillos tras los cristales que permitían ver sin ser vistos y que alguna mano indiscreta apartaba cuando se adivinaba el taconeo y contoneo de alguna mujer de rompe y rasga.



Salvador Boix Doménech,
"Salvadoret"

De cuando en cuando, se *despertaba* el sensual silencio de los acólitos presentes en la barbería, con el susurro excitante de la imaginación anunciando la oferta del ombligo, ese erótico zurcido que alguna fémina de pequeños y ajustados *shorts* dejaba al descubierto a pesar de que el gusto de la parroquia por el *streeptease* estaba más en línea con los rellenos de las *Venus* de Botticelli.

Puesto caso que en la historia no se escribe, amable lector, es conveniente narrar esos *andares silvestres* de algunos clientes para alegrar el cuerpo, *recuestando* no precisamente viudas, ni *deshaciendo* doncellas, ni mucho menos engaño a sus pupilos.

No.

Porque las necesidades eróticas de esos clientes tampoco tenían el color exótico del mejor estilo campero, con un conocido cliente del *Safareig*, representante del ramo, preocupado en la contratación de las meretrices en la vecina ciudad de Tortosa que, en medio de un maizal y con tan solo una manta para suavizar la dureza del terreno, daban cumplida cuenta a la montaraz imaginación de la clientela.

No.

Era mucho más sencillo. Los lunes, igual que ocurre hoy, se destinaban a los días de descanso de los *maeses* barberos así, pues, el *Safareig* permanecía cerrado y, casualmente, también los lunes las meretrices de la popular mancebía regentada por la no menos popular *madame Pilar*, acudían al Centro Secundario, en la plaza de San Antonio, para ponerse en manos del Dr. Munera y hacerse la periódica revisión sanitaria.

Y en la citada plaza, administraba su negocio particular, Casim B, un más que cliente del *Safareig*. Y a medida que las *mancebas* iban saliendo de la revisión facultativa, Casim B., averiguaba cuales eran las que rebosaban salud por su generoso cuerpo y se las llevaba a la barbería para solaz de ese grupo de clientes que fieles a la tradición, como aquellos patricios renacentistas, honraban a las cortesanas de *casa la Pilar*.



*José Chaler Ferré,
"el Severo"*



*Agustín Ribera Vila,
"Trompeta"*

En el *Safareig*, lógicamente, fue tema de conversación la noticia de la desaparición de *Pilar*, en una calle de Valencia, arrastrada por las aguas de la histórica riada de 1957. Afortunadamente no fue así; un par de años después, el amigo Rafael Puchol, se la encontró, precisamente, en la estación de la capital valenciana, saludándose con verdadera euforia. *La Pilar* era más que conocida y contaba con muchas amistades en Vinaròs, pues, tenía la costumbre de frecuentar el kiosco "*Buenvista*", en el puerto, un buen

ejemplo de construcción modernista y desgraciadamente desaparecido por la pésima y desastrosa actuación del alcalde de turno.

El popular *Safareig*, se inauguró en 1945 por dos estilistas del peine y la tijera: Salvador Boix (a) *Salvadoret* y Agustín Ribera (a) *Trompeta* que con el tiempo colgó peine y tijera porque se hizo cargo de la agencia de un seguro – el *Ocaso* –, y hubo un momento que no tuvo más remedio que plantearle a su socio la situación:

- *Vadoro, tanto trabajo me abrumba, no lo puedo atender, debo dejar la barbería* -

Y en 1947, se incorporó Pepe Chaler (a) *el Severo*.

Tanto en Agustín como en Salvador se cumplía el colmo del peluquero: se quedaban calvos, o más bien casi calvos, pero en Agustín, hombre pulcro y de buen talante, de porte elegante y cadencia y gesto tranquilos, era de buen tono ser calvo; lo contrario de *Vadoret*, de una calvicie morfológica del burgués frustrado, es decir, anarquista pero de buenas maneras. Sin embargo, cuentan las malas – o buenas –, lenguas que la alopecia de Agustín era consecuencia de los disgustos que le daba el *Barça*. Era la época de las cinco copas europeas del Real Madrid y antes de cada confrontación entre el Barcelona y el equipo madrileño, Agustín se hacía con un par de metros de traca. Si ganaba su equipo del alma, alma blau-grana naturalmente, la fiesta en el *Safareig* era inenarrable pero, si perdía, cosa frecuente entonces, la clientela de la barbería le obligaba igualmente, a quemar la traca, penitencia que a regañadientes pero con el aire festivo de sentirse protagonista del saber perder, cumplía en la calle San Ramón.



Rociador de perilla.

Una tarde, de las que no jugaba el *Barça*, Agustín se encontró por la calle con un cliente del *Safareig*, Francisco Guimerá; tras el saludo de rigor, la pregunta obligada:

- *¿Dónde vas, Paco?* -

- *A la barbería, a afeitarme* -

- *No hace falta que vayas. ¡Qué tienes que hacer allí! Acompáñame al almacén y te arreglaré en un periquete y no hará falta que pierdas el tiempo* -

Y se lo llevó a un almacén de féretros



Bacía de barbero.

que tenía alquilado la empresa del seguro en la calle San Francisco, muy cerca de la Pensión Centro. Y allí sentado, Francisco, con el ánimo no demasiado tranquilo por culpa de los tenebrosos pensamientos que le despertaba *el mobiliario mortuario*, entre ataúdes, fue afeitado y masajeado por Agustín.

Naturalmente y como se supone, al *Safareig* se iba a pasar el rato; la jaculatoria de su tertulia era tan terrible como el masaje fabricado por los fígaros a partir de colonia de garrafón o de alcohol y esencia aromática que cuando te aplicaban en la cara con un rociador de perilla, era capaz de despertar los peores instintos del alma humana.

En ese aspecto fueron precursores de su tiempo, *inventando* para después del afeitado, el *after shave eléctrico*: pasaban por el cutis del cliente, el extremo en forma de bola de una lámpara de tubo, del tamaño de un lápiz, que despedía una luz azulada. También fabricaban la crema de afeitar a partir de un jabón blando – *sabó moll* –, que compraban a granel en la droguería y lo convertían en crema para enjabonar, dándole dignidad a la bacía que Cervantes había convertido en *yelmo de Mambrino* con el que cubrir el magín chiflado de Don Quijote.



*El Severo, afinando un corte de pelo a M. Sales
En la foto aparecen Antoniet y J. Bas, y
sobre el lavabo, la trompa que tocaba Salvadoret.*

A pesar de todo, seguía siendo el aroma del *masaje mentolado suave Floïd*, el que flotaba en el ambiente, convirtiéndose las prácticas alquimistas de los fígaros en la chanza de la ecléctica clientela que se prestaba gustosa al papel de conejillo de indias. En una escala entre *el barberillo de Lavapiés* y *el barbero de Sevilla*, nuestros estilistas estaban más cerca del madrileño



El popular masaje "Floïd"

barrio de Lavapiés que de la bella capital hispalense; en resumen, en Vinaròs, eran tan famosos como el barbero Manolito "el Chano" era en Sevilla.

Como muy bien podemos comprender, el *Safareig* era el punto de encuentro de ociosos, murmuradores y centro de comidillas y noticieros de la ciudad. Era tan singular la barbería que allí siempre era urgente no hacer nada, porque todos sabían más cosas de las que habían aprendido. Su público era variopinto, profesionales de todos los ramos se daban cita, desde maestros y empleados de banca a mecánicos, farmacéuticos, gente de la mar, de la obra y del campo, funcionarios, propietarios de pequeños negocios y no tan pequeños, algunos estudiantes y un buen número de practicantes del arte musical, en fin...hasta profesionales del sin oficio ni beneficio, y entre todos ellos, Manolo Anglés, que con el trombón presumía del mismo estilo académico de *Salvadoret*. Tenía la costumbre de mascar papel de fumar y cuando había modelado una bolita, le ponía un hilo, y la lanzaba al techo de la barbería. Allí quedaba de ornamento y testimonio de su presencia. Con los años, se instaló en Monterrey (México), hasta su muerte aunque nunca perdió el contacto con Vinaròs y el *Safareig*. Los barberos, cumpliendo con las reglas de la tradición, eran fieles al deber de conocer todos los dimes y diretes de la población y la respuesta a todas las preguntas de la curiosa clientela. En el *Safareig*, todos estaban en boca de todos por eso, sus tertulias eran de gran calado liberal y, aparentemente, sin marcada tendencia política, razón por la que ese club privado solo para caballeros – aún no habían aparecido las indefinidas *unisex* -, albergó una verdadera escuela política. Era el cuartel general en donde se hacía de todo, desde los contratos de la *Mancy*



Utensilios de barbero, de la época.

y donde la orquesta tenía su base de operaciones – de allí, en el taxi del Sr. Burriel, se desplazaban en sus actuaciones -, hasta la distribución de carteles y recepción de los telegramas del Vinaròs C. de F., y era paso obligado de cualquier compañía de espectáculos antes de visitar el Ayuntamiento: la memoria nos trae el recuerdo de espectáculos como "Ole con ole" de Juanita Reina, el de Nella Colombo en el que actuaba el vinarocense y cliente del *Safareig*, Pepe Farga (a) *Joe Correira*, del Dúo Dinámico con Luis Mariano y la Greca, de la espectacular Gina Baró, *la Venus Negra*, o de Antonio Machín, éste, siempre acompañado por la orquesta *Mancy*.



*Sillón de barbero, articulado,
de la época.*

Pero, en el corazón del *Safareig* nunca estuvo ausente la ternura y el cariño que se reflejaba en los rostros de los asistentes a la tertulia, por eso es menester, al recordaros los protagonistas de esta historia, ingenua y de gracia infantil, amable lector, que añies el espíritu cuando por la puerta aparezca un cliente muy especial, Pedro *Estorettes*, el inocente más querido en la ciudad:

iHiep, chist, chist...!, te llamaba al ir a entrar a la barbería y en la misma puerta, cuando en junio ya se oía la *Feria*, te daba la explicación,
- *¿Sabes que me ha dicho el Severo? Que el lunes comienzan "les Fires". ¿Y sabes que me ha dicho, también? A ver si lo adivinas...ique a la plaza de toros vendrá El Cordobés!* -

- *¿Y ahora a dónde vas, Pedro?* -

- *A un recado de Vadoret* -

Fiel cumplidor de cuantos encargos se le hacían también se enfadaba cuando le negaban un cigarrillo. Pero, era un enfado tan lleno de dulzura, que no llegaba al corazón.

Micalet, era otro de los clientes especiales de la barbería que recordamos también con nostalgia; pequeño de estatura y de corazón muy grande, de tez tostada de los días al sol y tantas noches serenas, como un Diógenes desinteresado, trabajaba lo justo para su mantenimiento

diario. Culto y, paradójicamente, con las ideas claras, su ambición tenía por límite las estrellas y por hogar un refugio en la escollera del puerto.

Las poesías costumbristas – *Pedro I de Vinaròs y Micalet* –, de José Sebastián Farga, les retrata magistralmente.

El hacer y *qué* hacer era continuo y a veces complicado por las formas de algún representante, como el caso del modesto Juan Muntané, muy ligado a la bohemia del *Safareig*, que empezó en el mundo de la farándula, de bailarín y contorsionista, ejecutando el número del *hombre de goma*.

Era alto y delgado, muy desgarbado, de pose obligada y despreocupada, promotor de originales ideas teatrales que entre el personal del *Safareig* encontraban eco y apoyo, y solían acabar en desastrosos negocios. A causa de sus dotes organizativas sufrió las consecuencias de la denegación de permisos, la ausencia de músicos, nóminas insatisfechas y contratos anulados; en resumen, muchos fracasos y pocos éxitos. Sin embargo, fue capaz de conseguir la actuación en Vinaròs, de la súper vedette Carmen de Lirio, más que famosa, también, por su relación íntima con un alto cargo del régimen, de Barcelona. Con ella organizó una gira por toda la comarca, acompañada por la *Orquesta Mancy*.

En los espectáculos que organizaba Muntané, para trasladar las vedettes de conjunto desde la estación del ferrocarril, alquilaba los servicios de un conocido taxista de Vinaròs, cliente fijo del *Safareig*, que en más de una ocasión no tenía más remedio que convenir el precio de la carrera *en especias*, para alegría del cuerpo, que solía ser la mayoría de las veces, pues, el promotor andaba casi siempre a dos velas en cuestiones de dinero.

De la flema de Muntané, nos dice bien la ocasión de uno de sus viajes *artísticos* o profesionales, a Castellón. Entró en un restaurante a comer y después de despachar una suculenta comida, llamó la atención del camarero y le pidió la cuenta. Al entregarle éste la nota, el flamante promotor, le dijo:

- *La cuenta se la pagará la señora sentada en aquella mesa, que es mi mujer* -

Y, efectivamente, en una mesa cercana, su mujer estaba compartiendo mesa y mantel con un caballero. Sin embargo, murió heroicamente. Como decía el autor de la noticia publicada en el *Vinaròs* (16-2-63),

haciéndose eco de su muerte, "*una bella muerte honra toda una vida*": la madrugada del año nuevo al derrumbarse la casa del antiguo fielato de consumos, en Lérida, donde vivía, entre los escombros apareció el cadáver de Muntané que con su cuerpo protegió, y salvó la vida de sus hijos.

Y si todo eso fuera poco, hubo un tiempo en que *maese Vadoret* se convirtió en socio de un constructor y una viuda capitalista; en la trastienda de la barbería, con una mesilla plegable en la que apenas cabía la máquina de escribir portátil, modelo "*Patria*", entre afeitado y corte de pelo, redactaba los contratos de venta de las viviendas de protección oficial, tecleando con magistral torpeza y un solo dedo.

Por esa misma época, *Vadoro*, su primo Boix y el *Severo*, abrieron una tienda de electrodomésticos junto al estanco de Luis Adell, justo enfrente del campanario, que bautizaron con el pomposo nombre de "*Domelux*" y mientras duró, se convirtió en el caballo de batalla de la parroquia del *Safareig*: era muy frecuente que abandonaran la barbería a requerimiento de un cliente, porque una de sus virtudes era la de acomodarse graciosamente al servicio de la clientela:

-¡Vadoro! - (o Severo) -, ¿me puedes vender una bombona de gas camping, que me he quedado sin gas? -

Y el parroquiano con la cara enjabonada se quedaba olvidado en el sillón mientras los dos estilistas gestionaban la venta de la bombona de gas, de una estufa o de un tocadiscos.

Así le ocurrió a un estimado músico de la orquesta, Angelito, que sentado en el sillón soportaba nervioso su prisa por culpa de las pláticas intermitentes de *Salvadoret* con los parroquianos, mientras le enjabonaba. En aquel preciso instante se asomó por la puerta un cliente y...

- Vadoro, me he quedado sin gas, ¿me puedes dar una bombona? -

Salvador, abandona a Ángel a la suerte del sillón, con la cara embadurnada de crema de afeitar:

- Ángel, un momento y enseguida vuelvo -

Se va a la tienda acompañado del cliente para entregarle la bombona de gas. Cuando regresa, coge un paño blanco, limpia la cara de Angelito que se levanta, paga y se va.

No habían pasado ni veinte minutos cuando aparece de nuevo Angelito, con un enfado muy callado – los enfados que nada dicen, son

los peores -, y dirigiéndose, muy serio, a *Salvadoret*, le espetó:

- ¡Vadoro! ¡Ya está bien...! ¡Haz el favor de afeitarme, que tengo prisa! -

La marca de gas que despachaban era *Butsir*, algún lector, quizá, la recuerde.

Y el gas nos trae al caletre, otro personaje asiduo del *Safareig*, Luis Felip Miralles, *doctorado* en el arte de peine, navaja y tijera - de lo que puedo dar fe -, en la barbería de su padre, *Basino*. Aquella tarde, *el Severo* se aplicaba con interés en enjabonar a un cliente cuando se asoma tras la puerta, sin atreverse a entrar, una señora cliente de *Domelux*:

- *Pepe, necesito una bombona de gas. Pero, si tienes trabajo, vengo un poco más tarde* -, le dice con sofoco, la prudente señora, sin traspasar el dintel de la puerta.

- *No, mujer; enseguida te la doy. Acompáñame a la tienda* -, le contesta *el Severo* y, dirigiéndose a Felip,

- *Luis, hazme el favor, acaba de enjabonar a fulano que enseguida vengo* -

Luis se pone a la faena y los minutos van pasando sin que *el Severo* de señales de vida y cansado de darle a la brocha, Felip se decide y afeita al cliente. Cuando ya estaba acabando, aparece *el Severo*, campechano y feliz.

- *¡Ya era hora! ¿De dónde vienes? ¡Creíamos que te habías perdido!* - la emprendió con él la doméstica clientela.

- *No seáis exagerados, no hay para tanto. Le he enseñado una nevera a la clienta y he tenido que explicarle como funciona* -, contestó inocentemente.

No estaría de más redondear el alegato para amenizar la crónica y restarle tiesura, como hicieran aquellos seis clientes de la tertulia entre los que estaba mi tío Manolín *lo Pellé*, que al ver acercarse al taxista fantasma - le llamaban así porque estaba al servicio del alcalde -, rápidamente, se escondieron en la trastienda de la barbería esperando que el *chaffeur* tomara asiento. Al momento sale el primero, saludos de rigor, y se sienta a su lado. Sale el segundo y repite la jugada; el tercero, el cuarto...y el último:

- *¡Hombre, fulano...! ¿Qué tal te va?* -, le pregunta, candorosamente.

- *¡Los collons, me podrieu tocá!* -,

contestó el sufrido conductor, que era un cascarrabias, cuando se dio cuenta de la broma; se levantó y desapareció por la puerta.

Es más que posible que ni la gran Enciclopedia Británica tuviera capacidad suficiente para dar cabida al original y particular anecdotario del *Safareig*.

Cliente de la barbería, en aquellos tiempos del estraperlo, era un agente de la fiscalía – que nada tenía que ver con la figura del *fiscal* como hoy la entendemos; más bien era una especie de inspector de consumos -, y en su presencia, los componentes de la tertulia hacían un mutis de tal calibre que podía palpase y hasta oírse, mutis que, consciente el *fiscalero*, también *oía*. Así, pues, se decidió que algo había que hacer.

Una tarde, se estaba arreglando el citado representante de la temida autoridad y apareció *Manolín lo Pellé*, con las mangas de la camisa arremangadas y una mochila en la espalda:

- *iChé!, Manolo, ¿qué llevas en la mochila? ¿Contrabando?* – le preguntaron con toda la mala intención.

- *Nada; porquería* -, contestó Manolín.

- *Algo más será; no nos engañes* -, insistieron, irónicamente.

Cuando se levantó el de la fiscalía que no se había perdido ni una palabra de lo dicho, se dirigió a Manolín, exigiendo que le enseñara lo que llevaba en la mochila.

- *Oiga, no creo que le interese; no es más que mierda* -, le contestó Manolín.

- *iLe digo que la abra!* – insistió el fiscalero.

- *Bueno, bueno; usted sabrá...* -

Manolo, destapó la mochila y, efectivamente, iba llena de *fem* (excrementos), de caballería. El de la fiscalía tomó la puerta como alma que lleva el diablo y desapareció.

La barbería ocupaba no más de diez o doce metros cuadrados y cuando se traspasaba el umbral, a la derecha aparecían toda una hilera de sillas de madera, negras, abrigadas por las horas y horas soportando el trasero de los acólitos entre los que, quizá, se encontraba algún cliente y, colgado en la pared, un perchero "a juego". A la izquierda, enfrente de las sillas *patriarcales*, dos grandes espejos

con una mesilla para colocar los utensilios y los dos sillones articulados de los profesionales.

En el fondo, una pared separaba la trastienda y el hueco de acceso disimulado por una cortina, más o menos centrado, a su derecha un mueble-lavabo con un espejo donde se experimentaban los masajes y cremas y, a la izquierda de la puerta y colgado en la pared, el negro teléfono. De la trastienda ni se me ocurre describirla y mucho menos me atrevo a hablar de ella; basta con decir que la *pelambreira* del suelo no se recogía: se barría en esa dirección y después de soltar la cortina, aquí paz y allá gloria.

Dicho esto, sobre el *Safareig*, bien podríamos aseverar con el Dr. Marañón que *"la pobreza era la única elegancia que le quedaba"*.



Plaza Jovellar. Panorámica desde la puerta del Safareig.

TRES

Salvador Boix Doménech, "*Salvadoret*"

El *Safareig* cumplió siempre con esa vieja tradición esotérica judía que consideraba al hombre un pequeño microcosmos y, en el fondo, eso es lo que era: un microcosmos de la ciudad en medio de la plaza. En el mundo dorado del *Safareig*, la cultura siempre tuvo una enfática dimensión de universalidad, cosa más que común de las instituciones *barberas*, el hombre culto debía abarcar el ancho campo del conocimiento humano. Por eso es preciso aclarar, antes de seguir, que los *peluqueros Vadoret* y *el Severo* nunca tuvieron que ver con aquellos *barberos-cirujanos* de la antigüedad, ni tampoco los imaginamos poniendo inyecciones como los *barberos-practicantes* de los tiempos modernos. Nuestros *figaros* más bien tenían el perfil de aquel barbero famoso por su cultura, de los tiempos de Lope de Vega, que se había erigido en una especie de *chef de claue* – que en francés también significa bofetada –, y en los estrenos teatrales dirigía los aplausos o pataleos del público asistente al *corral de comedias*; es decir, todo el *corral* estaba pendiente de su opinión sobre la obra, incluso, autores hubo que temblaban y hasta le visitaban antes de la representación. Así eran también los plebiscitos de *Salvadoret*; solo se apoyaban en dos monosílabos: el sí o el no, sin condiciones. Con esos dos contundentes monosílabos había que plantearse la conversación.

Vadoret la comenzaba siempre con una cuestión de tanteo con la que se *autoconvencía* de su propia autoridad filosófica; con la razón pretendía barrer la intuición pero, en el fondo, la mayoría de las veces, la razón se le plegaba a las cabalas y disquisiciones de razones más bien intuitivas.

Vadoro era pequeño de estatura, inquieto en los gestos y tenía la costumbre cuando pensaba, de llevarse la mano a la incipiente calva; por una parte, tenía la sabiduría de la experiencia y, por otra, la que yo llamaba, *sabiduría del "dátil"*, y debo rogar al amable lector que no tome esta última aseveración en sentido peyorativo; en nuestros tiempos de bachillerato, cuando acudía al *Safareig* con mi amigo Juan Miguel Torres, la primera filípica de *Vadoro* tenía la finalidad de poner a prueba no sé bien si nuestros conocimientos o nuestra ignorancia:

- *Os dan muchos libros, muy bonitos, pero yo tenía un maestro extraordinario – D. José Vilaplana –, que sin necesidad de libros nos enseñaba. A ver, dime, ¿sabes que es un "litodomus litophagus"? ¿No,*

verdad? ¡Qué vais a saber! ¡Pues, un dátil de mar!-

A mí me daba la impresión que era lo único que recordaba de las enseñanzas de aquel extraordinario profesor; porque siempre nos repetía el mismo ejemplo. Y si le contestábamos para que se sulfurara,

- *Vadoro, ¿no sería más fácil llamarle por su nombre común "datil de mar"?* – entonces arremetía en contra con una defensa pírrica de las excelencias de la enseñanza de su tiempo y la verdad es que no le faltaba razón.

Una tarde de sábado, Juan Miguel Torres y yo, nos citamos en la barbería y recuerdo que, con premeditación, habíamos preparado la respuesta y cuando *Vadoret* inició la plática con el tema de Krishnamurti para acabar en el famoso *litodomus*, le replicamos con la malsana intención de irritarle:

- *¡Vadoro, haces como los sabihondos de la Academia, que pretenden que aprendamos a escribir las palabras con "h" porque en tiempos de Matusalén se escribían con "f"! ¿Que necesidad hay de que nos compliquen la vida?* –

Y él, que por ideas debía pensar lo mismo, por culpa del enfado, las atemperaba a la tiranía de los sentidos y se lanzaba a una defensa a ultranza de su maestro, don José Vilaplana -sin duda, un gran maestro-, cosa que le honraba.

Defensor acérrimo de la Institución Libre de Enseñanza, hablaba de uno de sus fundadores, Francisco Giner de los Ríos, y del *krausismo* en la que se inspiraba. Y en la barbería gestamos una academia de enseñanza musical: además del solfeo, el se responsabilizaba de la enseñanza del violín y el que escribe estas líneas, de la guitarra.

Empezamos en la calle de San Blas, en la vivienda de *Vadoro*, y acabamos en un almacén de la calle J. G. Ruíz. No sé cuantos días duró la aventura para mí, pero no fueron muchos porque se `podían contar. La duración de la efímera aventura, continuada por él, aunque bonita mientras duró, era fácil de explicar; nuestra *anárquica metodología* (no teníamos método alguno), nada tenía que ver con la Institución Libre y ni él se parecía a Giner de los Ríos, ni mucho menos yo a Nicolás Salmerón.

Salvadoret tocaba la trompeta y el violín en la popular orquestina *Mancy Band*, y la trompa en la banda. La trompeta en sus labios era un crimen y sus interpretaciones con el violín no le ayudaban,

precisamente, a conseguir el indulto.

Vadoret era superficial pero, desde la profundidad y así, en sus epigramas anarquistas, solía referirse al "*Libro de la vida*", del hindú Jiddu Krishnamurti, y nos recitaba de memoria un fragmento del texto, siempre el mismo: "...el hombre respetable es el hombre mediocre porque siempre desea algo, porque su felicidad depende de la influencia de lo que piensa su prójimo..."

Y no solo de la filosofía del hindú; también era defensor de las teorías naturistas de un famoso doctor, el Dr. Vander, autor de una extensa bibliografía sobre el tema aunque, en realidad, se llamaba Adrián van der Put, transformado por obra y gracia de la mercadotecnia en Dr. Adr. Vander, con lo que se demuestra que el tan manoseado *marketing* ya viene de lejos y no es cosa de ahora. Comentaba las propiedades curativas de los baños de sol con el cuerpo desnudo. La cuestión es delicada porque no quisiera sugerir al lector, equívocos que no pretendo. Por lo tanto, es necesario explicar, siguiendo al famoso Dr., que el sol es fuente de energía y fuerza vital; la importancia está en que el cuerpo desnudo se bañe en la luz solar absorbiéndola, pero no el calor. Hay que aprovechar los beneficios de la luz del sol y el aire. Corrían los felices sesenta y *Salvadoret* se enteró de que unas turistas francesas, en un patio privado, ponían en práctica las teorías del Dr. Vander y quiso comprobar *in situ* los efectos de la luz



Salvadoret tocando la trompeta con la Orquesta Mancy.

solar sobre las sugestivas arquitecturas desnudas de las bellas francesitas. Pero, la investigación exigía ciertas habilidades funambulistitas de las que no estaba dotado y si el calor del sol es malo, la caída por culpa de su curiosidad científica fue peor y tuvo como consecuencia, un brazo roto.



▲ A la Pista Rex de Benicarló-1961. Daniel Berbegal (vocalista), Ángel Gómez (percussió), José Luis Cervera (batería), Mingo Roda (saxo), Luján (contrabaix), Manolo Me (saxo), Antonio C. Cala (trompeta), Emilio Limorte (saxo), Vadoret Boix (trompeta)

Orquestina Mancy Band.



Caricatura de Salvadoret
por J.R. Hortas

Pero, *Salvadoret* también era famoso como Rafael "el Gallo", por sus "espan-tás": igual dejaba la barbería en mitad de un corte de pelo para servir una bombona de gas que abandonaba a su suerte, las ideas anarco-libertarias. En cierta ocasión se dirigía en coche a la Ermita acompañado de dos amigos, Álvaro y Sebastián, pertrechos de un buen surtido de pasteles para celebrar la proclamación de la República, el 14 de abril. Cuando ya habían enfilado la cuesta, se cruzaron con un picapedrero que armado de un martillo, estaba desmenuzando la machaca para pavimentar el camino.

A *Vadoret* le traicionó la conciencia y dirigiéndose a Álvaro, el más ingenuo de los tres, le espetó de buenas a primeras:

- *Si nosotros fuéramos comunistas de verdad, bajaríamos y le ayudaríamos en su trabajo y después le invitaríamos a comer pasteles* -

Álvaro, cogido de sorpresa, se quedó perplejo ante tal razonamiento sin saber qué contestar, pero, haciendo gala de excelentes reflejos, Sebastián que iba sentado detrás, le hizo tal quite que para sí quería el gran Curro Romero:

- *¡Tranquilo, Álvaro, que nosotros somos jefes!* -

Eso fue después de que *Vadoret* se sacara el carné de conducir; hasta entonces, disponía de una vieja y desvencijada bicicleta con la que hacía sus recorridos urbanos. Se colocaba unos clips para sujetar las perneras del pantalón y protegerlas de la grasa de la *cadena de transmisión* de la bicicleta o quizá, también, para evitar el batacazo si se enredaban con el mecanismo en ese sube y baja del pedaleo. Con los clips colocados podía andar toda la mañana aunque no anduviera en bicicleta.

Así que, cuando tuvo la ocasión, se hizo con un coche de segunda mano, modelo *Dauphine* ú *Ondine*, de la marca Renault, gris plomo, y decidió sacar el carné de conducir.

In illo tēmpore, las prácticas inquisitoriales - porque eso es cualquier tipo de examen -, se hacían en la explanada frente a la plaza de toros.

Ese día, *Vadoret*, cuando le llegó su momento, abrió la puerta del coche y se sentó, listo para el examen; a su lado, el profesor de la autoescuela y en el asiento de atrás, el inquisidor de turno. Salvador se agarró con fuerza al volante, pisó a fondo el acelerador con entusiasmo, pero, el coche no se movía. El catedrático del asiento



Renault Ondine, de Salvadoret

trasero llamó su atención con unos golpecitos en el hombro, y le dijo:

- *No se ponga usted nervioso, tranquilícese; quite la marcha, déle a la llave de contacto y ponga el motor en marcha. Después, quite el freno de mano, pise el embrague, ponga la primera y el intermitente, suelte suavemente el embrague y salga poco a poco* -

Vadoret se quedó sin habla - cosa harto difícil en él -, se giró y le dio la mano al examinador, despidiéndose con un,

- *¡Hasta la próxima!* -

Abrió la puerta, bajó del coche y se marchó, dejando sentados en el vehículo, al profesor y al examinador. A la siguiente convocatoria, aprobó el examen.

Sin duda, y esa es la cuestión, sus hábitos anarquistas los aplicaba hasta en la conducción: más de una vez, acompañándole para concretar algún contrato de la orquesta o a Benicarló, donde la *Mancy* tenía alquilado un local de baile, *El farol rojo*, en el que actuaba los fines de semana, los viajes se convertían en una aventura de riesgo y suspense, increíbles.

Por suerte, el tránsito no era el de ahora, pero había que estar muy pendiente del conductor:

- *¡Vadoret...! Que vas por el carril de la izquierda. Nos recogerán en la cuneta, en una "cofeta"* -, y sin dejar de hablar volvía a colocarse a la derecha. Así, hasta el final del trayecto. En otra ocasión, nos dirigíamos a la Ermita y en plena ascensión, en mitad de la cuesta, tuve que abandonar rápidamente el coche, buscar una piedra y colocarla de cuña en una de las ruedas de atrás: *Salvadoret* aceleraba pero, el coche no subía; al contrario, empezó a moverse pendiente abajo.

El interior de aquel vehículo era como una sucursal de la trastienda de la barbería o quizá peor: ya no cabía más. Efectivamente, el carné



*D. Tomás Mancisidor al frente de la Orquesta Mancy.
Al fondo, a la derecha, Salvadoret*

de conducir, para *Vadoret*, era una imposición administrativa mientras que el conducir tenía una naturalidad extrema.

Ya hemos comentado que el *Safareig* era la base y centro de operaciones de la orquesta *Mancy Band*; allí se ensayaba, se repartían beneficios y se concentraban para salir de viaje...en fin, el cuartel general del grupo con un *Salvadoret* convertido en manager además de relaciones públicas de la barbería.

El encadenamiento de los sucesos es muchas veces obra de la casualidad, por eso creo que, sin proponérmelo, me está saliendo un relato horizontal, es decir, a lo ancho, pues voy pinchando los temas según los hechos se presentan porque esta forma de hacer, un tanto anárquica y caricaturesca, concede buena parte de la iniciativa a las circunstancias que se van produciendo en la narración, es decir, sin un plan preconcebido. Y así, como el burro de Sancho Panza, que desaparece en un capítulo y dos o tres capítulos después, aparece en la narración sin que sepamos cómo, no me da empacho mechar la mía con la aparición de una furgoneta DKV que la *Mancy* había adquirido para el acarreo del material e instrumental. Y un buen día ocurrió lo inesperado: no había chofer para conducirla. Había que desplazarse a Benicarló, donde la orquesta tenía el compromiso de actuar.

Y *Salvador* encontró la solución con la misma facilidad que aplicaba



La Orquesta Mancy, en Barcelona. El 4º por la derecha, Salvadoret.

una fricción de su masaje: al primer conocido que encontró, Domingo Esteller, le pidió el favor de conducir la furgoneta:

- ¡Vadoro...! Pero si yo no he conducido nunca una furgoneta..., no es como el coche -, le contestó Domingo.

- No te preocupes por eso; iré contigo, a tu lado. Tú conduces y yo iré cambiando las marchas -, le contestó.

Afloraba en *Salvadoret* su ideología utilitaria porque creía más en la absolución que en el delito: con la ocasión de una de las actuaciones en la pista del "Blau", en Vinaròs, ensayaba un rato antes de la actuación la cantante-vedette y en uno de los descansos, el pianista que la acompañaba, se lamentaba ante *Vadoro*, de lo que le pagaba la artista y lo que cobraba ella, cuando él tenía que poner todos los conocimientos adquiridos en el conservatorio para que el público no notara lo que desafinaba. La respuesta de *Salvadoret* fue pronta, clara y concisa:

- Suba al escenario y si la gente viene a escucharle, se lo pagarán a usted y no a ella -

También cliente incondicional del *Safareig* lo era el popular Angelito Giner, *Ángelo*, que cuando aparecía por la barbería, hacía entradas triunfales como la del general Pavía en el Congreso, aunque sin caballo,

pero sí con pronunciamiento:

- *Vadoro, hazme un afeitadito y ponme masaje. Y ya te pagaré. Acabo de levantarme y he salido sin dinero de casa* – le anunciaba Ángel.

- *No te preocupes, Ángel, es igual; ya sabes que aquí tienes crédito* –, era la contestación irónica.

- *Te tendré en cuenta en mis crónicas* –, respondía, tranquilamente Ángel, convencido de la importancia de su pluma. Al acabar, se levantaba del sillón y con un

- *¡hola y adiós!* –, desaparecía por la puerta. De estos clientes tan singulares por no decir especiales, había uno apellidado Forner, cargado de manías y una era de que solo le podía arreglar *Vadoro*.

Una tarde, *Salvadoret*, armado de peine y tijera la emprende con él. Al acabar, mientras las voces de los tertulianos se iban enseñoreando del *salón*, *Vadoret* le aplica una dinámica sesión de masaje *autóctono*, una rociada de agua de colonia y cepillada hasta no dejar ni un pelo de tonto sobre la chaqueta del cliente. Éste, paga el arreglo y cuando se disponía a abandonar la barbería, al mirarse al espejo, se da cuenta de que *Vadoret* solo le había arreglado una parte, la mitad de su cara. Seguramente le distrajo la llegada de aquel forastero:

- *Buenas tardes* – dice el desconocido haciendo gala de buenas maneras.

- *Buenas tardes* –, responde toda la tertulia como una sola voz cargada de educada ironía; entre los presentes estaban Agustín Ribera, *Vadoro* y el Severo, es decir, los *figaros* titulares.

- *¿Hay para mucho?* – pregunta el forastero.

- *Pues no lo sabemos* – le contesta *Vadoret* –, *porque los barberos están en un entierro* –

Esta clase de *affaires* acababan siendo rematados con la aparición de alguno de esos clientes singulares, como el despistado *O'Lall*:

- *¡Vadoro...! ¡Aféitame y hoy ponme masaje de quina que me sobra el dinero!* – se dirigía, alegre y campanudo, a *Vadoret*.

Acabada la sesión, se levantó y se marchó sin pagar, desde luego.

En sus ponderativas charlas de la barbería, *Vadoro* tenía por costumbre *plegar* la navaja, girarse de cara a los *arrieros* de turno sentados en las negras sillas como jueces, para participar en sus animadas pláticas, cruzando una pierna por delante de la otra y apoyando el codo en el respaldo del sillón profesional, hasta que despertaba la ira del

cliente olvidado, acicateada por los locutores presentes:

- *Vamos, Vadoro, no te distraigas que quedan muchos que afeitar* – le decía con sorna, alguno de la tertulia.

- *No serán tantos* -, respondía, siguiéndoles el juego.

- *Bueno, quien dice muchos, dice pocos* -, insistían, mortificando a quien, en el sillón, estaba sometido a las artes y el relativismo temporal de *Salvadoret*.

Y en ese momento, cuando nos asomamos al crepúsculo de este capítulo dedicado a *Vadoret*, quizá aparezcan o nos demos cuenta de los matices más genuinos de su fisonomía, de su espíritu crítico algo burlón que debemos ponderar con la desnudez de la sinceridad, libres de convencionalismos, porque en la realidad del matiz es donde se reflejan algunos detalles de su carácter. Tanto *Pepe el Severo* como *Vadoro* eran antifranquistas declarados y amantes de las libertades. No es extraño, pues, que un buen día apareciera por el *Safareig* un sensato comandante de puesto de la guardia civil para advertirles de que al día siguiente iban a proceder a



Salvadoret, de una foto de la orquesta



La Orquesta Mancy Band. En el centro de la parte superior, Vadoret.

un registro en busca de propaganda subversiva, debido a la denuncia por culpa de un *maltequero* del facistón de turno, servil y rencoroso.

El día de *autos*, Pepe se marchó a pescar y los agentes de la benemérita nada sacaron en limpio del registro en la barbería, pero, no contentos del *nada*, procedieron al registro de la vivienda de *Vadoro*, en la calle San Blas. Tan solo encontraron unas viejas monedas que fueron la excusa para retenerle unas horas. El asunto no pasó de ahí y el susto quedó tan solo en eso, pero, acaso ignoramos si los agentes tuvieron el valor de entrar en la trastienda del *Safareig*.

Si en algo tenía razón la mala persona denunciante es que, tanto Pepe Chaler como Salvador Boix, tenían puestas sus esperanzas en el futuro democrático, del progreso y de la libertad. Una fotografía recoge el momento histórico en que los miembros del equipo de gobierno municipal, recién elegidos en las urnas, en 1979, se asoman al balcón del Ayuntamiento, presentándose ante la gente reunida en la plaza celebrando las primeras elecciones municipales después de la dictadura. En la foto aparece la banda de música y en primera línea, *Salvadoret*, con la mirada ilusionada dirigida al balcón municipal.



1979. Toma de posesión de la Corporación Municipal. *Salvadoret* el 3º por la derecha.

CUATRO

José Chaler Ferré, "el Severo"

Iniciado ya el tema en la breve introducción intentando aclarar por lo menos, subjetivamente, la importancia de la barbería del *Safareig* y su aparición en la plaza Jovellar, manteniéndola en su trasfondo sin otro corolario que el colocar a sus protagonistas – *Salvadoret* y *el Severo* –, en la misma orilla de sus propias vivencias. Ese enredijo temporal de recuerdos desordenados y arbitrarios es, desde mi punto de vista, tentadoramente literario, por eso debería escribirse como Dios manda – si es que Dios manda esas cosas –, con buena letra, como hizo la divina pluma en las páginas de la Biblia y más aún en las del Corán, pretendiendo dejarnos encuadrada su palabra porque le daba gran importancia a lo que "estaba escrito". Quizá para que no la olvidáramos, pues, la memoria humana, cuando es interesada, suele ser muy flaca.

Digo con buena letra – no estoy muy convencido que sea la mía –, porque las flacas memorias suelen escribir en bastardilla para alejarse de la narración y ese no es, precisamente, mi propósito.

Como tampoco era el propósito de Pepe *el Severo* que tenía conciencia del límite discreto que no hay que sobrepasar. De prudente y suave sonrisa, la adornaba con un bigote a lo *Clark Gable*; de complexión flemática, no demasiado alto pero sí más corpulento que *Salvadoret*, era su antítesis: a Pepe le gustaba el fútbol y el concepto que tenía *Vadoro* del deporte rey es que se trataba del barbitúrico con el que se anesthesiaba al personal para que no se enterara de nada. A lo que Pepe le contestaba, sin perder nunca la flema,

- *Vadoro, no me vengas con "romansos"* –

El mundillo del fútbol local tenía en el *Safareig*, el centro de operaciones desde el que igual se repartían los carteles que se hacía la recepción de telegramas y recados.

Hubo un tiempo en que Pepe Chaler, *el Severo*, formaba parte de la directiva del club y ejercía de delegado de campo. Tenía la responsabilidad del buen trato con los colegiados, cosa que hacía sin esfuerzo con prudente neutralidad. Esas cualidades de templanza y sobre todo, *decencia léxica*, le hacían ideal para esta función, pues, no era dado a andar por las asperezas del deporte de la patada.

En los desplazamientos largos por la región, el equipo del Vinaròs, C. de F., tenía la costumbre de hacer un alto en el camino en la po-



Pepe Chaler, "El Severo", en plena faena.

blación de Alberic, de la Ribera Alta, de Valencia, en un bar-restaurante de carretera que por su situación, era obligada parada y fonda para la gente del fútbol. No era extraño que *el Severo*, abandonara la mesa de sus compañeros de viaje y se acercara a otra vecina, invitando a café y copa a sus ocupantes.

- *Severo, ¿a dónde vas?* -

- *Tranquilos, que ahora vengo. Tengo que invitar a unos...*-

Cuando regresaba, tenía que soportar las preguntas y también las bromas de sus compañeros de viaje, porque ya sabían de qué iba el asunto:

- *Pepe, sí que conoces a gente. Si que tienes dinero, te habrá costado una fortuna la invitación...*

- *Callar que con esos gritos aún nos van a oír. Esos tres son árbitros y ya os he dicho más de una vez que hay que tratarlos bien* -

Pepe *el Severo*, hombre de bien, sabía del principio hasta el fin, las largas picardías que adornaban a todos aquellos tipos asiduos a la barbería, conocía de memoria el sonsonete *silvestre* que se hablaba en el *Safareig* y callaban los cronistas de los informativos locales.

Era una clientela tan singular la de este rincón universal que podía estar lleno de gente y, como decía *el Severo*,

- *Hoy no hemos hecho ni un duro de cajón* -

Porque algunos de los que estaban allí sentados iban a disfrutar de la tertulia pero, se arreglaban en otra barbería. Había quien pagaba por semanas, otros por meses, incluso, que pagaba lo que quería y él mismo dejaba el dinero en el cajón.

Uno de estos cliente era *lo tío Llorens*; también liquidaba de vez en cuando y una tarde, le enseñó a Pepe un billete nuevo, con el consiguiente comentario, muy adecuado al *aula del Safareig*,

- *Mira, Severo, con la nueva maquinita que tengo, ahora los billetes los he hecho de diez pesetas. Míralo, recién acuñado* -

Presente estaba un joven, Juanito "*Canasteta*", que al escuchar al

tío Llorens, se le pusieron los ojos como platos y al marchar de la barbería el fabricante de billetes, salió tras él y le abordó a la altura de la calle San Ramón,

- Sr. Llorens, déjeme la máquina de hacer billetes que la usaré solo una vez y ya me arreglaré -

No era el único; O'Lall, por ejemplo, alto y delgado, desgarrado pero poco dado a andar por asperezas, en algunas ocasiones se dejaba un bigote a lo Stalin quizá, como contrapunto de su calva, arriero de profesión, también era de los que pagaba a capricho y acumulaba la deuda. Sentado en el sillón, cuando acabó el arreglo, le preguntó al Severo,

- Pepe, ¿cuánto te debo? -

- Sesenta pesetas - le contestó el Severo.

Y O'Lall, impasible, sin perder ese aire de *flema a la inglesa*, continuó,

- Bueno, pues dame el cambio de veinte duros y te deberé las cien que son redondas y más fácil de recordar -

En realidad, eran clientes de confianza que en ocasiones se comportaban como amigos; no es extraño, pues, que alguno se asomara a la puerta y al verlo lleno se marchara con un comentario,

- Pepe, ya vendré después que habrá menos gente -,

y en realidad era el único que quería arreglarse o también llamara por teléfono, interesándose,

- Vadoro, ¿hay muchos para arreglarse? - y le contestaran,

- Ahora no hay nadie -, apareciendo a los pocos minutos el cliente, con la sofoquina de las prisas y encontrarse la barbería llena o, sencillamente, preguntara por los fígaros,

- ¿No están los barberos? -,

y alguno de los presentes le contestara con sorna,

- Se han ido a ingresar al banco -

Y es que los parroquianos del *Safareig*, en muchas cosas, había que tenerlos por temperamentales que no por "*mentecatos*" que significa mente cautiva de una sola idea: la barbería era el monte propio en el que todos podían hacer leña. Por eso, las escurrideras del lenguaje del Severo, dejaban adivinar una intención parecida a la salmodia del "*almuecín*", invitando a la oración recitando unas "*suras*" del Corán. Únicamente que no se trataba de "*suras*" sino de comedia de enredo y figurón, con más ruido que oración.

En esa aventura del fútbol, la delegación del terreno de juego la compartía el Severo con los dos hombres que más saben del Vinaròs,

C. de F., y quizá, que más tiempo de su vida le han dedicado: Joaquín García y Antonio Chaler.

Joaquín, "Ximo", ejercía de delegado del club mientras *el Severo* lo hacía del *terreno de juego*. Y del circuito de árbitros que nos tocaba en suerte, había uno que se desplazaba desde Ceuta. Después de cruzar el estrecho, alquilaba un taxi, un *mercedes* conducido por un negro, y en Vinaròs, *el Severo*, ya estaba pendiente de su llegada para recibirle.

El colegiado, dos o tres días antes, había llamado por teléfono al *Safareig* para ponerse en contacto con Pepe Chaler o *Ximo*.

Cuando llegaba, *el Severo* y *Ximo* se hacían cargo de la maleta que llevaba y entre el bar *Chiqui* y la *Peña Pan y Toros* con una parada en el *Bergantín*, vendían todos los relojes y *cassettes* que llevaba en la maleta.

Enterado el árbitro de la operación comercial finiquitada, sentenciaba con satisfacción,

- *¿Lo habéis vendido todo? Bien; antes de que pasen del centro del campo, les pitaré fuero de juego* -

Y así ocurría. La noche anterior, visitaban la discoteca *Hit*, se corrían la juerga y del *Hit* al bingo del *Blau*, para rematarla con unos cuantos cubalibres. Al día siguiente, el de la confrontación deportiva, Pepe y *Ximo* se lo llevaban a tomar el vermú al *Chiqui*, donde la tertulia era futbolera por los cuatro costados.



*Años sesenta. Partido de fútbol benéfico.
Grupo arbitral: A. Comes, J. Fonellosa, F. Balada,
A. Ribera "Trompeta", R. Plá y F. Baila.*

Sin duda, con tanta explicación podría elaborarse un buen párrafo tribunicio pero preferimos no salirnos del guión y seguir con la narración de esta real *irrealidad*. Un día, la discusión de la audiencia de la barbería no era sobre fútbol sino sobre las bondades del *after shave made in Safareig*.

En el coloquio participaba activamente Agustín Ribera, exmiembro de la sociedad y cantor de las excelencias del famoso masaje de cuya elaboración también era responsable y O'Lall, que sentado en el sillón, le acababa de afeitar Pepe *el Severo*. Y llegó a tal límite la discusión, que se planteaba como necesaria una demostración empírica para salir de dudas: si solamente era agua chirla como opinaban algunos de los presentes o, realmente, se trataba de un masaje de los que hacen época, como defendían otros.

Ni corto ni perezoso, Pepe aplicó un buen chorro del *after shave* de fabricación propia a la calva de O' Lall que se dejaba hacer, mientras Agustín Ribera que estaba al quite, acercó el mechero a la calva, acompañando la acción con el comentario,

- *Ahora veremos si es agua o verdadera esencia espiritosa* -

La flama que se produjo al encender el mechero despejó las dudas cogiendo a todos por sorpresa pero la suerte de O'Lall fue que uno de los presentes atajó la llama apenas producirse, arrojando una toalla húmeda sobre su cabeza.

Y volviendo a las preocupaciones futbolísticas del *Severo*, nuestro equipo del Vinaròs, ocupaba el antepenúltimo sitio de la clasificación y si aquel domingo perdía el partido, perdía también la categoría. Así que se negoció con el árbitro de turno y Pepe lo dejó más que claro ante la concurrencia interesada en la tertulia de la mañana del *Safareig*, que le asaetaban a preguntas:

- *No os preocupéis; sea como sea, ganaremos* -, y no soltaba prenda a pesar de la insistencia de la parroquia.

Y así fue; faltando veinte minutos para el final, al sacar un corner, Coll se dejó caer dentro del área y el colegiado pitó penalti. El problema para *Ximo*, responsable del negocio, fue como *indemnizar* al árbitro sin que nadie se diera cuenta porque se daba la circunstancia de que el presidente del equipo rival, médico de profesión, les seguía a todas partes ya que tenía fundadas sospechas de que la cosa *sí* era lo que parecía. Al final, entre bancales y en medio de un arrozal, *Ximo* pudo



El Severo afeitando a Mayolas, guardameta del Vinaròs, C. de F.

dar cumplida cuenta a la misión encomendada. En el autobús estaban desesperados por la tardanza y por fin, al cabo de casi dos horas, pudo arrancar de regreso a Vinaròs. Como pronosticó *el Severo, sea como sea*, se ganó pero siguió sin soltar prenda a los domésticos de la barbería.

Y el otro *sea como sea* se produjo, pero, para regresar a casa, de un viaje a Mallorca. Los jugadores cargaron de tabaco y al llegar al aeropuerto de Barcelona, tenían un aviso de presentarse a las dependencias de la guardia civil:

- Les dejamos pasar porque se trata de un equipo de fútbol pero les requisamos el tabaco. Tengan en cuenta que se les podría acusar de contrabando de tabaco y esto está castigado con una multa incluso, con la cárcel, porque se trata de un delito penal – les informaron.

El asunto fue la comidilla durante semanas en el *Safareig*, pues, en la plática diaria, al contrario de la opinión de *Cipión*, uno de los protagonistas del "*Coloquio de los perros*", en la barbería se iba a gastar el tiempo en saber de las vidas ajenas más que en contar las propias.

De esa manera vino a inferir en el relato O' Lall, apareciendo por la puerta del Salón del Centro, en el preciso instante que dos tertulianos, Manolín lo Pellé y el titular Pepe el Severo, hablaban sobre las bondades de unas sandalias que Manolín acababa de encontrarse en casa y tenía entre manos con la sana intención de deshacerse de ellas.

- ¿Qué hacéis? – entró en conversación O' Lall

- Nada; comentando las excelencias de este calzado que me acabo de comprar. Pero, me vienen justas. Creo que a lo mejor, para tu trabajo, te serían ideales además de lo baratas que me han costado. Te las dejaré por el mismo precio –

- A ver – chafardeó O' Lall -, pues sí, me gustan; si me haces un buen precio te las compro –

Manolín, bromista entre los bromistas del *Safareig*, no se lo pensó dos veces,

- *Si me das cien pesetas, son tuyas* -

- *iHecho!* - le contestó O' Lall por considerarlo un precio de ganga.

Al mediodía, a cuenta de las cien pesetas, Manolín y Pepe se fueron a comer a una pensión de la calle San Francisco, la *Pensión Centro*, que sabían que el *comprador* frecuentaba.

Cuando los dos se habían bien aposentado para comer, apareció O' Lall, flamante con las sandalias nuevas,

- *iVaya pareja!* - comentó al verles - *¿Qué hacéis aquí?* -

- *Hemos venido a comer. Nos ha invitado un espléndido y buen amigo* - le contestó Manolín.

- *iHombre...! Pues yo no soy menos espléndido ni menos amigo. El café y las copas corren de mi cuenta* - les contestó O' Lall.

- *Déjalo estar y no malgastes tu dinero* -, intervino Pepe que había permanecido muy callado, conteniendo la risa.

- *iNi hablar! Este amigo vuestro no lo es más que yo. Si él paga la comida, los cafés son cosa mía y no hay más que hablar* -

No sabemos si el amigo pagano se enteró de la jugada pero en el *Safareig* la historia duró semanas.

El tiempo corre y tras él, la atención del Severo la absorbe un encuentro que se le presentaba complicado para el Vinaròs, C. de F., se trataba del Calella.

El titular de la capital turística de la costa del Maresme, en Barcelona, había *preparado* el partido con el árbitro de turno. Y, en efecto, fueron tan claras las evidencias, que aquella tarde, en el Servol, se armó la marimorena: a la media hora el Sr. Colegiado pretendió suspender el juego con un dos a cero favorable al equipo catalán. Pero, ante las dimensiones que iba tomando la protesta del público, el capitán de la guardia civil, quizá, el más sensato de los presentes, le ordenó continuar el encuentro, estuviera o no suspendido. La cosa no acabó en verdadera tragedia porque el protector de los árbitros, *San Pito*, hizo horas extras protegiendo a su devoto.

Después se averiguó que el árbitro era representante de la marca *Pastas Gallo*, cuya fábrica, precisamente, estaba ubicada en Calella.

Pero como el tiempo también coloca las cosas en su sitio, cuando nuevamente se enfrentaron los dos equipos, la dirección del encuentro



*Años sesenta. Partido de fútbol benéfico.
El alcalde F. Balada, pidiendo clemencia
al colegiado A. Ribera "Trompeta"*

fue tutelada por el árbitro de Ceuta, al que ya me he referido, y a Pepe *el Severo* y *Ximo* les faltó tiempo y ganas para ponerle en antecedentes, cargando las tintas:

- *No os preocupéis. Éstos no pasarán del medio campo* - les contestó el colegiado.

Y así fue, amargando la tarde al entrenador del equipo catalán. Y como dice el refrán, lo que no quieras que se sepa, no lo hagas, porque el mundo es un pañuelo: a la

temporada siguiente, quedó libre el citado entrenador, que era canario y se llamaba Villar, contratándolo el Vinaròs C. de F., y enterándose, entonces, de todo cuanto había sucedido.

Porque *el Severo* siempre cuidó ese trato exquisito con los colegiados aplicando criterios sencillos y prudentes que no eran fáciles de mantener entre aquellos cuatro muros sometidos a la mirada de ese ambiente libre y no siempre sereno de la barbería: algunos recordarán aquel árbitro valenciano, muy aficionado a la pesca. En sus actuaciones, en Vinaròs, solía desplazarse por las mañanas con todo el equipo de pesca a cuestras y era Pepe *el Severo* el que, a buena hora de día, compartía con él, caña, cebo y zurrón, en nuestro puerto, y no dejaba su compañía hasta que se marchaba, después del partido.

Como decía *Cipión* en el famoso coloquio cervantino, "*hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales, cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza a las gentes*": sin embargo, nunca hubo que temer por amenaza ni calamidad alguna; el Vinaròs C. de F., siempre estuvo bajo la protección de la mano de santo de Pepe *el Severo*, *Ximo* García y Antonio Chaler, los tres que nunca confesaron - ni confesarán -, haber visto ni oído jamás esos y otros *portentos* inconfesables, por eso, como aseveraba un buen amigo, Juan Guardino, es suficiente con interpretar sus silencios.

El relato, amable lector, lo he construido mediante el contrapunto de los comentarios con la verisimilitud y la realidad que, en este caso, vienen a ser lo mismo.

Empero, ahora, que tan sin pensarlo me va fluyendo la historia, anudando el roto hilo de la memoria, rescato una tarde de invierno, ya entre dos luces, con el *Safareig* lleno a rebosar. Entre los presentes, Manolo Llátser "Guillém", músico y carpintero artesano, muy aficionado a la caza en la modalidad del *filat*, responsable de montar las casillas de la feria en la plaza de *la Mera* y cliente asiduo del *Safareig*. Con su bufanda cruzada sobre el pecho, apareció en la barbería, se sentó y sin poder resistir el ronroneo de la voz del elenco charlatán, se estaba adormilando. Hasta que se quedó traspuesto, es decir, definitivamente dormido.

A los contertulios de turno, en ocasiones ásperos en elocuencia pero ricos en imaginación, les faltó tiempo para organizarla. Ni corto ni perezoso, *el Severo* colocó los portones tras los cristales de la puerta, apretó el interruptor y a medida que el parpadeo de los fluorescentes del techo se fue apagando, poco a poco se fueron borrando los sillones, los espejos, los clientes y hasta los barberos, invadiendo las tinieblas el *Safareig*. Todos los allí presentes siguieron la jugada continuando con su plática como si nada ocurriera. De pronto, al despertar *Guillém* de sus sueños, en plena oscuridad y escuchar las conversaciones, se asustó, y en un *agitato allegro vivace*, exclamó:

-¡Qué me pasa...! ¡No veo! ¡He perdido la vista...! ¡Me he quedado ciego!-

La parroquia mantenía impasible el ademán y la charla hasta que *Guillém* se dio cuenta y estalló.



*Puerta del "Safareig".
A contraluz, Pepe "el Severo"*



Plaza de San Antonio, "la Mera". Casillas de la Feria.

En la década de los sesenta, protagonizó la eclosión en toda España, un fenómeno que tanto favor hizo a nuestra *balanza de pagos*, incluso, ayudó al intento de lavar la imagen del régimen: el turismo. Vinaròs también lo vivió, intensamente, con el mayor esplendor de una *jet-set* extraordinariamente representativa del "*quiero y no puedo*", de ese *chauvinismo demodé* al que hacíamos referencia al principio, muy bien impulsado y arropado por una corporación municipal que vivía un ilusorio cosmopolitanismo adornado de semáforos por doquier, la aparición de los primeros edificios de altura y las frecuentes visitas de los almirantes de la armada con apadrinamiento de banderas de combate, entre fiestas y saraos, glosados los informes officiosos al estilo *Jovellanos* por un culto secretario de la Corporación Municipal, de buena voz de barítono *atenorado*, que en alguna de las verbenas estivales del Casino, acompañado por la orquesta *Mancy*, deleitaba al personal interpretando "*Noche de ronda*". Hasta que las aguas de la nocturnidad volvieron a su cauce y pasó de moda el turismo convirtiéndose, simplemente, en un negocio y una importantísima fuente de divisas.



1965. Salvador Dalí, en el puerto, sobre una carreta, cubierto por una red, dirigiéndose a la plaza de toros.

El *Safareig* también vivió, con intensidad socarrona, esa época de *glamour* en la que la apariencia lo era todo; son los felices sesenta, como definió un director de cine a la década de euforia económica y consumismo, contemplada hoy por algunos, con verdadera nostalgia, error de bulto, pues, sería tanto como olvidar el yugo bajo el que vivíamos y recordada con una falsa imagen de nuestro país que pretendían hacernos creer auténtica.

El *Safareig* era un foro en el que el tema se trataba en profundidad por la diversidad y riqueza de pareceres de los presentes en la tertulia de turno, que acababan siempre con la sonrisa displicente del que está de vuelta de todo, dedicada a los que visitaban Ceret, Le Boulou y Perpignan donde despertaban a la ilusión de pecar, con la flor en la solapa, allende de los Pirineos, haciendo cola de incógnito en la taquilla de la sala de cine *Le Perpignan*, para ver una película erótica. La mantequilla protagonista de la película "*El último tango en París*", fue tema de fondo y larga conversación, durante semanas, en el *paraninfo* del *Safareig*.

La llegada del onírico y provocativo Salvador Dalí, en 1965, y su

peregrinaje histriónico por no decir humillante, desde el puerto hasta la plaza de toros sentado sobre una carreta y cubierto por una red, definen perfectamente la década de los sesenta; un asunto de fondo en el aula del *Safareig*, con verdadero y apasionado debate en la cotidiana tertulia.

Mala memoria la que sólo funciona hacia atrás.

La figura de *Ángelo*, cliente incondicional y verdadero protagonista cuando traspasaba el dintel de la barbería, y su participación y triunfo en un concurso de TVE, a finales de los sesenta, cierran esta larga década que, en realidad, en el *Safareig*, empezó mucho antes.

EPÍLOGO

En 1984 cerró, definitivamente, el *Safareig*. Casi un año antes, había fallecido Salvador Boix, *Salvadoret*, titular del alquiler del local; por esa razón, Pepe Chaler, *el Severo*, no tuvo otro remedio que darnos con la puerta en las narices, sea dicho con todo el afecto y, para disgusto nuestro, cerrar definitivamente la institución.

Ese escenario escrupulosamente realista abarcó con esplendor dos largos periodos: desde su apertura, a mediados de los cuarenta, hasta la llegada de los felices sesenta, década que se puede singularizar en un segundo periodo y que a partir de los setenta, aún siendo *el Safareig* de siempre, no pudo resistir el paso del tiempo: como un viejo caserón lleno de ecos por todas partes, en esos últimos años, la palabra de cada uno de los componentes de la tertulia, que aún pueden contarlo, adquiere el valor del crédito. Porque el *Safareig* siempre ha sido una verdad llana contemplada por el paso de una generación entera, enviada en el culto a la sabiduría popular. No deja de ser una bella conquista: la de la convivencia humana.



El gremio de estilistas del peine y la tijera, reunidos en la cena de despedida a Pepe Chaler, “el Severo”.

Debo confesar que nada hay más excitante que desentrañar esta historia, quizá, mal contada y peor escrita, pero narrada con el afecto que sentimos por sus dos titulares, Salvador y Pepe. Nuestro estilo es antojadizo y avellanado pero, conscientemente, ajeno de invención por intentar glosar la verdad sin otro caudal que nuestros pensamientos en conmoción.

Ese periodo del *destape* de los sesenta, merece una última atención porque la barbería del *Safareig* lo vivió con una mirada intensa y, a la vez, incrédula y festiva, puesta en unos ediles de vida alegre con síntomas claros de una irresponsable cosmopatología. Pero, en la calle caían bien; eran la cara desenfadada del régimen, un régimen mimetizado con una chaqueta blanca pero, no lo olvidemos, debajo con camisa azul, *casi negra*.

El eslabón que les unía al *Safareig* no era otro que *Ángelo*, cliente fiel de la barbería y ganador de un concurso de TVE, "*los hombres saben, los pueblos marchan*", además de edil de aquella corporación.

Ángel Giner, *Ángelo*, licenciado en derecho, ejercía de excelente comunicador y maestro de ceremonias; tenía un verbo fácil y fue un digno representante de ese *glamour demodé* de los sesenta que reflejaba perfectamente en sus crónicas de sociedad en la prensa local, presidiendo el Círculo Mercantil y Cultural – el Casino –, una mala imitación de los *clubes* ingleses y aún peor de esas instituciones de tierra adentro de nuestro país donde se apalabran negocios y se arreglan contrataciones, aunque en honor a la verdad, bajo su mandato, llevó a cabo una gran actividad con la programación de un sinfín de actos culturales de gran nivel en los que participaron personalidades de todos los ámbitos dentro del mundo de la cultura, el deporte, el arte y la política nacional e internacional.

Sus apariciones veraniegas desfilando por el salón central del Casino, recreándose en sus andares entre los reservados de henchidos y aparatosos butacones, eran típicas de esas instituciones pueblerinas; despreocupado, con el aire suficiente y afectado, saludando por doquier y ataviado con *bermudas* y un llamativo *mambo* floreado, como recién salido de un perchero de ajonjolí, adornado con generosidad por algún que otro lamparón. Era como un personaje escapado del sainete "*Pepa la frescachona*", del brillante autor del género chico, Ricardo de la Vega.

Con la participación en el programa de TVE, alcanzó el mayor índice de popularidad. El concurso se montó en un chalet de la zona norte de Vinaròs, propiedad de los familiares de una artista de la TV y en buena medida, respondía a la iniciativa y el chauvinismo al que aludíamos, del

que hacía gala esa corporación municipal, alegre y desenfadada.

El concurso tenía casi la misma mecánica que otros de la época, como "*la unión hace la fuerza*" o "*danzas de España*", y su slogan pretendía poner en valor "*la rica variedad de nuestras provincias*", conceptos muy del gusto del régimen y que servían para driblarle y encubrir más de un desmán y despilfarro de los organizadores. La realización corrió a cargo de Enrique Martí Maqueda y el programa fue conducido por Joaquín Soler Serrano.

Duraba 30 minutos y se emitió entre el 14 de febrero de 1969 y el 29 de marzo de 1970, es decir, una sola temporada; su éxito fue relativo y se emitía en blanco negro.

Cada actuación de *Ángelo* en la TVE, era el tema del día en toda la ciudad y icómo no!, en el coloquio del *Safareig* y su aparición en la barbería era festejada con el clásico humor socarrón y desconfiado de los contertulios que no veían claro el asunto:

- *iSevero, mira, viene Angelito...!* – comentó uno de los parroquianos, observando tras los visillos.

- *No digáis nada. Ahora le comprometeremos con las preguntas de la pasada semana en TV y ya veréis como no se acuerda de nada* -, contestó Pepe.

Hizo su aparición en la barbería, *Ángelo*, campanudo y feliz, disfrutando de su momento de gloria ante la crítica concurrencia y se dirigió a *Salvadoret* con ese afectado gesto suyo, suficiente y desganado:

- *Vadoro, por favor, mira si me haces un afeitado rápido que tengo prisa y me pones masaje* –

- *iHombre, Ángelo...! iQue genial eres...! iNo dejas de asombrarnos! iVaya memoria la tuya!* – le soltó de buenas a primeras *Vadoret*, poniendo cara de no haber roto nunca un plato y dorándole la píldora – *Mira que acordarte del título de aquella película que no la deben conocer ni en la filmoteca nacional... ¿cómo era, cómo era...?* –

- *Vadoro, no me compliques la vida; ya no me acuerdo de nada de lo pasado, no me digas nada..., es agua pasada,..., déjalo estar, ahora debo prepararme para el próximo programa* –,

le contestó Ángel sin querer entrar al trapo, respuesta que era la esperada por la audiencia allí presente y contribuía a aumentar las generosas sospechas. Alguno, con la sonrisa en los labios, aprovechaba la ocasión para abandonar *el patio de butacas*, emulando aquel conocido crítico que en una representación de "*La Tempestad*", de R. Chapí, con unos intérpretes empeñados en asesinar la obra, en el momento que el

barítono arremetía con el aria, "cesó la tormenta – renace la calma...", se levantó de la butaca y enfiló el pasillo comentando en voz alta, "aprovechemos este claro, para marchar".

Llegó a ser tal su popularidad que cualquier acto, cualquier manifestación de ámbito público, era mimetizado por *Ángelo*: era la época que puso de moda las pegatinas en los coches en las que se proclamaba amor eterno por la población, un país o la buena cocina de una región; cualquier excusa era buena. Y había un industrial, concesionario de una marca de automóviles, a quien se le ocurrió un slogan con mucha enjundia, plasmando en una pegatina el supuesto *duende* que le atribuía a nuestra ciudad: "Vinaroz tiene ángel".

Más de un cronista, aún hoy, lo asocia o relaciona con el *Ángelo* televisivo, cosa totalmente falsa y que cabreó en más de una ocasión al autor y editor del slogan, con quien *Ángelo* no contaba, precisamente, con sobradas simpatías.

El asunto fue motivo de discusión, casi me atrevería a decir, *cuestión de estado*, hasta producir una tensión vibrante entre la tertulia de la barbería del *Safareig*, de la que el industrial también era cliente y donde se vivía con verdadera pasión, las apariciones de Ángel en la TV.

Era, ni más ni menos, el puro dislate de los años felices.

Y queremos continuar siendo felices, así que evitemos algún dislate de más, poniendo el punto y final, amable lector, pues, darte de la crónica del *Safareig* como un zurcido de un tiempo pasado reciente. Sin duda, la barbería y el afecto que sentimos por sus dos titulares, *Vadaro*



El antiguo Safareig, hoy transformado en una peluquería unisex. A la derecha aparece su titular, Cornelia Mariana Creto

y *el Severo*, exigían una crónica con perspectiva histórica más allá de lo que recogen estas páginas. Esto me exime - que no me excusa -, de dejarme en el tintero muchas anécdotas, unas por olvido, las más por desconocimiento y otras pocas por *impublicables*, atendiendo a la sabia prudencia que nos aconseja no citar a quien no se debe.



Detalle interior de la peluquería actual, en el mismo lugar donde estaba el Safareig.

Por lo tanto, si alguien se puede sentir ofendido, poca cosa puedo hacer, porque la que habla es la historia, no yo.

Sin embargo, las historias aquí narradas, son auténticamente verídicas, que se hunden en el pasado barridas por el tiempo, pero que se interponen al olvido de las ideas y los sentimientos. Y eso es lo que permanece más allá de la simple noticia: la crónica de los sucesos vividos en la barbería del *Safareig*.

Con el cierre de la barbería del *Safareig*, no solo se fueron Salvador y Pepe, si no también se fue una época de conceptos bien definidos que, en el momento de concluir estas páginas, nos deja la paradoja absurda de la indefinición: el *Safareig*, se ha convertido en una peluquería *unisex*; como diría un indígena castizo, *ni peix, ni carn*.

Vinaròs, Navidades de 2011

